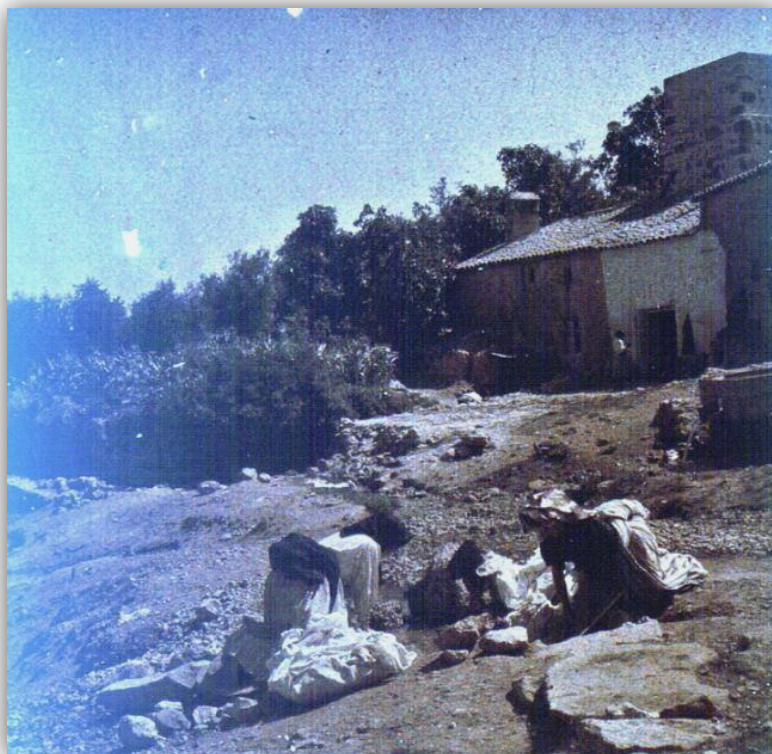


Las veredas de mis recuerdos¹

José García Vico

Fotografías de Arturo Cerdá y Rico



Las cosas son como se recuerdan.

Poco queda ya de aquel rincón inolvidable, alegre y sombreado junto a la mimbre generosa, al lado de la pradera de fresca yerba que cruzaba un caminillo tras salvar la acequia adonde lavaban y tendían sus trapos las mujeres.

Molino de Matías, recio y austero bajo el esbelto cubo desde donde se lanzaba el agua contra el rodezno para romperse en fina lluvia, oyéndose en el silencio, el zumbido de la piedra girar y girar moliendo el grano, el cacareo de las aves, el graznido de los patos y el pataleo de los burros sacudiéndose las moscas.

¹ Esta es una parte de un trabajo inédito mucho más amplio titulado “El Molino de Matías” y que en parte ya hemos publicado en otros números de la revista. Consideramos estos recuerdos que se remontan a los años veinte del pasado siglo, en los que muchos se verán reflejados, son dignos de su publicación en Contraluz por su valor etnográfico y sentimental.

Molino de Matías, escenario y estampa de cosas que se fueron; del cotidiano quehacer y solaz en las tardes de estío o en las de alegre primavera, de reuniones en la puerta, sentados en los encalados poyos, bajo las estacas relucientes por el uso donde se cuelgan los bozales, las jáquimas y las cribas.

Cuando nos asomábamos en los años infantiles al interior desde la puerta, veíamos salir la harina por el canalillo y caer en el cajón y la figura rechoncha de Sancho Panza de Matías salpicada de blanco o, la de la molinera, su mujer, hermosa y guapa a los cuarenta... o, las de sus hijas, herederas de la belleza materna con el encanto de la juventud o, la agresiva de los varones: Romualdo, Antonio y catorce más. Pero todos, ellas y ellos, ayudando, pues todos trabajan en el oficio: ora manejando la media, ora volcando el trigo en la tolva u ocupados en el acarreo de la harina a las tahonas a lomos de pacientes asnos que atienden por los nombres de Liberto, Mohíno, Carbonero o... Platero.



Nos encantaba, repito, contemplar aquel remanso de paz y de trabajo siempre que por allí pasábamos procedentes de la Balsa y del otro molino con pretensiones de fábrica...: el llamado del Nacimiento, de la familia López, padre de

Recuerdos y vivencias

otras hijas guapas, dejándonos caer por allí al Partidor (Partior) cuando regresábamos al pueblo por la estrecha vereda entre ruido de aguas y fuerte olor a matranzos, adornados éstos, por el brillo reluciente de los “bichicos de luz”...

El olor de los matranzos por aquello del olfato (la memoria involuntaria) nos trae el recuerdo de la festividad del Corpus Cristi, uno de los tres días que relumbran más que el sol, cuando las calles por donde había de pasar la procesión se alfombraban con esta planta en un día soleado y radiante que le hacía aún más hermoso. Evocamos aquella festividad con verdadera nostalgia, viendo salir la procesión tras el intenso repique de campanas por las puertas del templo, cruzar la plaza y enfilear la calle de la Palma, Santa Ana y otras con el Señor bajo palio precedido por el tilín-tilín de las campanillas que hábiles manos manejaban: las de los monaguillos, seguidos del clero, autoridades, fieles y banda municipal, recordando igualmente las paradas o estaciones que el Santísimo hacía y la lluvia de pétalos con que era recibido por gentiles damas que con garbo y devoción vaciaban el contenido precioso de las bandejas sobre la Custodia mientras el señor Prior cantaba el responso, la oración de rigor, tras incensiar el altar, arrodillado sobre el precioso cojín puesto al pie del “altarico” por manos femeninas: Rull, Cerdá, Oreas y, en la calle Santa Ana, por Magdalena y Tremedad Olmedo. Y así por todo el recorrido.



Pero volvamos al camino del “Partior” que hemos abandonado por breve tiempo por mor del olor a matranzos, y veremos en la casilla de la ladera a mi tío Isaac Jerez con las gafas metálicas caladas, leer el ABC y en la era, a Caparranas, moviendo la mies para su oreo. Más abajo, casi a la vera del camino, a María Francisca, la hija, junto al cerezo cuajado de frutos con un cenacho, morena y guapa.



Del Partior salen caminos que siguen fieles al trazado de las acequias que riegan “El sitio”, mejor dicho, parte del mismo, porque también lo hacen el Carcón y las albercas de las fuentes del Peral y del Piojo.

Si elegimos el camino de la Pileta, les veremos las corvas a las mujeres que lavan, chismorrear o ríen. También veremos a Felipe Mantequillas prendido en la borrachera, arrancar lechugas con túnica de nazareno, y a Pedro José Rull, salir de su huerto en compañía de dos de sus hijas y de Lola, la fiel sirvienta, portando sendos ramos de flores.



Si lo hacemos por otros, veremos a Ramón Díaz recoger los pepinos y tomates que al día siguiente oiremos vocear por la calle seguido de paciente burra y a Gambeto, regar la planta. Por este camino desembocamos en el de Abajo e iremos al Charcón y a la Quinta y veremos a la guapa y lozana Guadalupe pelar la pava al anochecer en la puerta con Pepe el Pollo, su novio.

De vuelta al ancho camino, nos cruzamos con jornaleros que regresan cantaores de los cortijos de la Encina, del Gamelloncillo o del llano de Hidalgo, haciendo sonar las caracolas, pues es tiempo de recolección. Venían a holgar el día de San Juan o de Santiago y a los que luego veríamos en la plaza vestidos de domingo con los rostros curtidos, embutidos en camisas blancas de tirilla y trajes oscuros. También los veríamos por la Virgen de Agosto, pues era otra fiesta para “folgar” de las duras faenas de la recolección.

De los cortijos nombrados recordamos el de la Encina, el de Honorato y tío Agustínico, padre este de tres bellas hijas que sin remilgos ayudaban a los hombres sin perder un ápice su feminidad. Eran la alegría de aquellos campos.

También era habitual por el camino de la estación, el cura Luengo vestido de paisano y en burra que iba o venía a la Pacha, y a Juan el Rorro con una reata de burros con cencerro cargados de harina procedentes del Molino del Barranco, encajonado en la cerrada y en el que moraban Antonio Santoyo y familia, de grato recuerdo para el que escribe en los días aciagos de la guerra, aunque tuviese que llenar un colchón de paja en compañía de un gitano que... “por un quitame allá esas pajas” (nunca mejor dicho) me dejó sólo ante el almiar...



Dejamos el ancho camino y nos metemos por el que pasa por la casilla y alberca de Navarrete, el padre de la bella Eugenia, parecida, (la casilla), a la del tío Antonio Gila pero de otro color, tras coger unos juncos a la entrada de la vereda; y si continuamos por el de Abajo, los juncos los arrancaremos frente al camino que conduce a la fuente del Peral, por donde aparecen los “Cagalatos”, medianeros de Enrique Cerdá, con las bestias cargadas de maíces, y así llegamos a las cuevas de abajo donde mujeres infatigables majan esparto a mazazos sobre una piedra reluciente o, hacen ramal, o capachos para las almazaras, para los molinos de aceite, encontrándonos también alguna vez con las yuntas de Jarama o Bernardinos remolcando el auto terco en arrancar, que Charcos abajo, se niega a mover una biela

Recuerdos y vivencias

con el consiguiente cabreo del chófer. Era el último recurso... También nos tropezamos con los Utropicos, los amos de aquel barrio y, que como era natural en aquellos tiempos, nos reciben con palabrotas y piedras, teniendo que poner orden "el Caco" en atención a nuestro amigo Pardo que nos acompaña.



Alfredo, y las hijas de Rabanico, hermosas y con moño, hablan en la esquina del Zacatín mientras nosotros subimos la empinada cuesta donde tiene la fragua Miguel el de la Quinta que no cesa de quemar el hierro, alegre y jovial, encontrándonos a la vuelta de la esquina: la calle Herrera, con la Isabelilla, guapa y descarada, con los pechos en punta, retadores, y la mirada desafiante y provocativa, portando un cántaro a la cadera, rezumante. En mitad de la calle, Fernandillo "el Correíche" le rompe un trompo a Patetilla "Monturiol" ante el asombro de Martín el Regaor que trata de poner paz entre ellos. Pepe Cózar, escuchimizado y pálido, asoma la gaita para saber qué pasa...



En la fuente de abajo, Magdalena y Tremedad hablan con las hijas de Gambeto mientras se llenan los botijos. Nosotros nos asomamos a la fábrica de chocolate del tío Juan Martín, a través de la tela metálica de la puerta que siempre está cerrada, y vemos cómo giran los rulillos metálicos, oyendo el tableteo de la masa en los moldes. Alguna vez Juan Martín nos obsequiaba con un pegote de masa, sin duda, para librarse de los curiosos. Tras miras a las mozas que acuden a la fuente, subimos por Santa Ana y nos colamos en el molino de la Virgencica, donde un mulo no cesa de dar vueltas alrededor del empiedro tirando del rulo solitario. La prensa de viga tampoco cesa de crujir conforme sube el pilón que está en un extremo y que José y otro, a fuerza de dar vueltas, consiguen levantar. Unos pegotes de masa aceitosa nos echan de la hornilla, donde se doran unas rebanadas de pan que servirán de alimento a los molineros. Ya en la calle, huyendo de la masa y de la quema... llegamos a los Julianes y, después, ya en la calle Real, al herradero de don Manuel Luengo, que gesticulante y teatral despacha a un pobre animal que apenas si se tiene en pie, al tiempo que por la calle Moya asoma un Pedro Justo que cabalga en yegua pía, arrancándole chispas a las piedras. Cristino el barbero en la otra esquina, suaviza la navaja a la vista de un cliente, mientras en mitad de la calle, Cayetano Pardo, Pepe Bello, Paco Sánchez y Diego Rus, juegan a las bolas bajo la mirada de Nieves, la hija del tío José “el Chato” de belleza hebrea en la opinión de

algunos, en el momento que se asoma a la puerta Isabel Navajas, que no se sabe por qué, suelta unos tacos que su gracia y belleza disculpan: ¿será por una gracia de mi tío Juan el chocolatero? “¡puñetas con el hombre, qué sombra tiene!”.

Los tacos de Isabel, nada tienen que ver con los proferidos por los Carreros cuando se les atranca el carro en la puerta de Orejilla o, los de los arrieros cuando se les desmanda un burro y que se hospedan en la posada de Chaparro, entablando largas tertulias junto al fuego, bajo la campana de la hermosa cocina que colorea y hacen más bellos los rostros de las guapas hijas de Antonio Ramón, sobre todo, el de aquella que se fue con el novio, un listero que trabajaba en la carretera nueva. En la misma calle vivían los Zúñiga y enfrente, ya en la de Cobos Alta, con entrada por la Puerta de Úbeda, Chocolatillo, que pasa muchos ratos en el cafetín de Reyes jugando al billar con Pepe Cambil, mientras su padre, el de Pepe, trabaja entre folías y a falta de un metro toma las medidas a ojo, o con las manos cuando no se fía de la vista; en esto que una hija de Frasquito el Cantón, Antonia, cruza la calle morena y guapa, al tiempo que un mozuelo la piropea.

Desde el Moralejo se oyen las caracolas de los segaores que vienen a holgar. Es la víspera del día de la Virgen. Son “los Chingos”, “los Zorros”, “los Nenes” y otros, que trabajan en la colmenilla de Pepe Vico, en Pablo o en las Ramblas del Tonene.

